

V 2893  
v. II

CORPUS BARGA

LOS PASOS  
CONTADOS  
II

Una vida española a caballo en dos siglos (1887-1957)



CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN

**Comunidad de Madrid**

VISOR LIBROS

---

LETRAS MADRILEÑAS CONTEMPORÁNEAS

IV  
LOS GALGOS VERDUGOS

—Qué estación dice usted?... No hay tal estación.

—No es ésta la taquilla para el tren de Córdoba?

—Sí.

—Cómo que no hay tal estación? He viajado más de una vez a ella.

(Mentiroso.) Es la de un pueblo de la provincia de Córdoba.

—No insista usted, caballero. Retírese. Mire usted la cola que hay.

—Pero, hombre! Si he vivido en ese pueblo.

—Se lo habrán llevado.

—Será un pueblo que ha inventado usted. Eso ocurre.

—Que nos va a hacer usted perder el tren.

—Por qué no avanza la cola? Qué le pasa al que ha llegado a la taquilla?

—Que ha pedido un billete para la Luna.

—Ese está ya en ella.

—Algún día se lo darán.

—Antes tiene que haber aviones grandes por lo menos como un vagón de esos de pasillo corrido.

—Ah, ya se va.

—No hay cuidado. El tren no puede salir antes de que hayan despachado los billetes a todos los que estamos aquí.

—Que se cree usted eso. Le va a estar esperando a usted! El tren tiene hora fija.

—Cuando la tiene.

—En los países civilizados.

Debo de haber mirado no sé cómo cuando me he parado ante el que ha dicho:

—No hay ni ha habido la hora ni nada fijo en ninguna civilización.

Porque se ha dirigido a mí:

—Los empleados no contestan nunca con precisión. El pueblo de usted, aunque sea imaginario, puede que esté en la guía. Búsquelo usted.

Por mi parte no tengo inconveniente en reconocer que probablemente ese hombre me ha convencido. No se me ha ocurrido consultar la guía o la aversión natural a consultar guías ha impedido que se me ocurriera. Pero, es que en realidad necesitaba consultarla? Estoy seguro de que esa estación y el pueblo lejano, a veinte kilómetros de distancia, representado por ella en el sistema universal del movimiento por ferrocarril pertenecen a la provincia de Córdoba. Sin embargo, no puedo menos de pensar si habrá llegado la carta anunciando mi llegada. Si mi carta no ha llegado puede también suceder que no llegue yo, suponiendo que me empeñe en seguir la misma dirección que he puesto en el sobre. ¿Cuál he puesto? No me acuerdo. No estoy acostumbrado a esa dirección. Es la primera vez que escribo a ese pueblo. No me suena Córdoba en el sobre, me suena Badajoz. Poniendo en la dirección el nombre de una provincia y el de un pueblo de otra, ¿qué sucede con la carta? En el caso de que en la provincia del sobre no haya más que una línea... ¡Esta es la palabra clave! Línea. Lo que debiera haber puesto en el sobre es Línea de Badajoz. ¿Cómo no lo he pensado? Fui el primero en decir públicamente que el pueblo aunque pertenezca a la provincia de Córdoba no es andaluz, es un pueblo extremeño y que la línea de Badajoz es la peor de España. Si he puesto en el sobre Línea de Badajoz, yo llegaré como la carta, sin dificultades. Si he puesto Provincia de Córdoba, la carta no se perderá, en el reparto deben enviarla a Córdoba, y en Córdoba habrá otro reparto, tardará uno o dos días más en llegar y yo no sé cuánto tiempo más tardaré porque no habrá ido nadie a esperarme a la estación. ¿Qué hacemos? Es cosa de retrasar el viaje para escribir de nuevo, volver ahora a casa y deshacer la maleta, la mayor sensación de fracaso que se puede tener en la vida. Es preferible encontrarse en la noche solo con la maleta en la estación desolada ante la perspectiva de veinte kilómetros invisibles. ¿Dónde está el mozo que me cogió la maleta? El expreso de Córdoba salía antes que el correo de Badajoz. Badajoz no tiene expreso y seguirá saliendo después. Preguntaré al mozo cuánto hay de espera... ¿Qué voy a hacer aquí una hora y diez minutos? Indudablemente debe haber alguna razón para esos diez minutos. Parece que en las estaciones iniciales las horas de partida debieran no tener picos. Me gustaría conocer la composición de un horario complicado, una línea con muchos cambios de tren. Hacer uno perfecto, sin el lazo de las esperas.

Antes de emprender el viaje he empezado por caer en uno de estos lazos. Mi viaje va a ser una trampa. Voy a dar dinero al mozo para que me saque el billete en cuanto se abra la taquilla de la línea de Badajoz y me reserve un puesto. Aunque no me lo hiciera reservar y llegara en el último minuto encontraría, no un puesto, muchos, podría escoger lo que me permitiese el minuto, el correo de Badajoz tendrá todavía los vagones viejos, sin pasillo corrido a lo largo de los compartimientos, habrá que subir directamente desde el andén y se quedará uno sin poder cambiar de vagón, ni orinar, encerrado hasta la estación siguiente. En este tren continuará habiendo pocos viajeros y en la parada y fonda de Ciudad Real, donde habrá comida para numerosos viajeros, sólo comerán dos o tres. Me gustaría conocer Badajoz, la gente que tiene dinero para viajar va siempre a las ciudades conocidas, qué poco viajera es... Bueno, ya no tengo que ocuparme de la maleta ni del billete. Voy a salir a la plaza de Atocha a darme una vuelta. Ese mozo, si se marchara con la maleta y el dinero del billete no haría un buen negocio, perdería su puesto de mozo oficial en la Estación del Mediodía, que le hace ganar más a la larga, pero aunque tuviera otro puesto esperándole en otra profesión y no le pudiesen descubrir, aquí la gente pobre es honrada, no robaría. No faltaría, sobre todo a la confianza que se ha depositado en él, aquí y en todas partes la gente humilde es fiel. Con la humillación, con la miseria en que vive ese hombre, no cabe decir que sus virtudes sean un buen síntoma. Podía haberle dicho al mozo que me tomara billete para Zújar. Es por donde llegaban las cartas. El correo del pueblo iba a recogerlas allí, no porque Zújar esté más cerca que la otra estación, sino porque el correo hacia en el camino un comercio difícil con su mula, iba dejando al borde de la carretera orzas vacías y a la vuelta las recogía llenas de leche. Anuncié que llegaría por la otra estación, lo hice para conocerla. No sé lo que es ir al pueblo por ella. Ya sé lo que voy a hacer: si al llegar a la estación del pueblo no me están esperando y sigue sin ir el correo, continúo a Zújar, le pagaré al revisor. Hay cambio de tren, eso es lo antipático. Si el correo no tiene todavía coche iré en mula, con las orzas de leche, suponiendo que las orzas de leche sigan aún. La primera vez que, muertos ya el tío Rafael y mi padre, fui de hombre al pueblo, como uno de los propietarios de la Casa Grande, me fueron a recibir a Zújar dos coches, un carro y algunos jinetes. Me lo voy a contar:

Qué impaciencia, eh? por abrir la portezuela del vagón. Fue abierta, confiéssalo, antes que se detuviera por completo el tren, es muy expuesto

pero las pasiones, un viaje a lo desconocido, en la noche avanzó un grupo indeterminado, negro, hacia los estribos de la portezuela. Se oyó una voz grave:

—A ver, muchachos, acercad las luces.

Cogieron la maleta. Y si no la hubieran cogido? Todo estaba previsto y preparado, dicho sea entre nosotros. La maleta sería arrojada antes del salto. Un salto en la noche. Todo menos, agarrado al vagón con la mano, estar tanteando con el pie en los difíciles estribos del vagón. Dimos el golpe. Las luces, enfocadas hacia arriba, no amenguaron el efecto. El grupo negro tuvo un movimiento de retroceso sin echar pie atrás, la sorpresa y las voces admirativas:

—¡Don Andrés!

—¡Don Andrés!

No niegues que estábamos muy satisfechos enfocados por cuatro faroles que llevaban cogidos por abajo, como si fuesen antorchas. Unas manos te palmeaban los hombros mientras hablaba la misma voz imperiosa de antes:

—¡Este es el hijo de Don Félix! No me reconoces? Has jugado conmigo cuando venías aquí de niño. Soy el tío Pedro.

—Ah, es usted Don Pedro el Caballero?

Había que hacer algo, lo instintivo era el abrazo. A Don Pedro el Caballero se le cubrieron los ojos de lágrimas:

—Ven acá. Este es mi sobrino y estos son dos hermanos de la familia de los Márquez que apreciaba muy mucho particularmente tu padre. Los demás son todos los más leales a la Casa Grande, van todas las mañanas a la cocina de campana a sentarse, como en vida de tu tío Rafael. Ya los conocerás despacio en la casa. Ahora no tenemos nada que hacer aquí. Cuando amanezca estaremos ya alrededor de una finca mía, nos detendremos y almorzaremos, si te apetece. Muchachos, volved a poner los faroles en los coches.

Sin la luz contra los ojos, se distinguió el grupo, los rostros fijos bajo las alas planas, anchas y duras de la copa redonda del sombrero.

—¡Ea, andando! Han llevado el equipaje al carro? Pues vamos a los coches. Los jinetes que no vayan delante para no echarnos polvo.

—Sí, señor. Vámonos pronto que están por ahí, en la finca de Don Dámaso los kanguros y pueden preparar algo contra Don Andrés.

Cuando llegamos al primer coche, una jardinera, el sobrino de Don Pedro, que nos había adelantado, estaba en el pescante sentado al lado del mulero.

—¡Filfa! Bájate —la voz severa, suave en el fondo, de Don Pedro—. Vas a hacer una de las tuyas y llevamos...

—No empiece usted ya, tío. Yo sé lo que me hago. Las tuyas y las mías, todo eso es filfa.

—Entiéndeme. Te digo que llevamos al hijo de Don Félix.

—Mejor nos lleva él a nosotros, sobre todo, si hay que saltar. Estuvo bien el hijo de Don Félix. La cogió al vuelo:

—Si no va Filfa en el pescante, quiero ir yo.

Uno de los Márquez se echó a reír, parecía que le costaba mucho trabajo, tenía una risa bronca, su voluminoso busto subía y bajaba perezosamente, haciendo un ruido como si agitara una bola que llevase dentro. Filfa siguió en el pescante, el hijo de Don Félix subió a la jardinera con Don Pedro y los dos Márquez y antes de que acabase de sonar el trallazo del mulero, el tronco de mulas arrancó al galope. Detrás iba el carro, se había metido entre los dos coches y se diría que iba a adelantar al primero. Era un carro de yugo. El yugo, con la carrera, caía a golpe en el cuello de las mulas, las embravecía.

Al principio todos guardaron un silencio fúnebre, después de haber encomendado a Dios el alma de Don Félix. Cuando empezó a clarear, rompió el silencio el Márquez que no había hecho antes ninguna manifestación:

—Y qué se dice en Madrid de los kanguros que por aquí nos gastamos?

—¡Uf! los kanguros, los kanguros... —murmuró, rozando lentamente sus gruesos labios con las palabras, el Márquez que se rió antes, terminó ahora riéndose otra vez lo mismo. El otro Márquez era alto, garboso, barbudo, rubio pálido y vestía de corto a la andaluza. Se rectificó. Dijo con aire sombrío:

—Don Andrés no viene en condiciones de haberse enterado de nada.

Don Pedro el Caballero se inclinó hacia tu oreja:

—Pues, hijo, los kanguros están haciendo muy mucho el caribe.

Después movió seriamente la cabeza y se arrancó la colilla que llevaba pegada en un rincón del labio:

—Te digo que un día va a haber una que sea sonada. Sonaba un ruido estrepitoso y se oían las exclamaciones del mulero que venía detrás. De pronto, aquel ruido cesó, y clara, terminante, escuchóse una blasfemia.

El mulero, que venía detrás, gritó desde su carro caído:

—A seguir, a seguir; con los kanguros no hay que descuidarse.

—Tiene razón; no hay que descuidarse.

—Tú arrea, que nosotros estamos aquí.

El Márquez majo se atusaba su barba pálida y abría los ojos.

—Tengamos paciencia, que apenas clarea y de cualquier altete de estos... o un pedrusco pequeñete... nos puede volcar; entonces sí que nos adelantan.

El mulero volvió la cara.

—¿A quién, a mí? ¡Que no me echan alrededor, que usted lo sepa!

—Tú arrea, que nosotros estamos aquí.

Siguió la carrera en aquella semiclaridad. El coche se torcía, saltaba, daba un crujido... Los viajeros iban muy serios, mientras sus cuerpos se zarandeaban con movimientos ridículos.

Sobre el ruido de los carruajes se oyó avanzar de repente una serie de trallazos.

Don Pedro el Caballero dio un bote dentro del coche.

—¡Ajo! Aquí están.

En la jardinera se sintió un tirón violento. Los Márquez hablaron a gritos:

—¡Canallas, venían con los faroles apagados para que no les viésemos!

—Pues a esos cabrones lo mismo les da ir con vela que sin vela, porque de todos los modos les ganamos.

Don Pedro el Caballero se doblaba de risa.

El mulero, de pie en el pescante, golpeaba con un palo a las mulas.

—¡Si me echan alrededor, mi amo me raja!...

Las mulas, con la cabeza levantada y las orejas echadas hacia atrás, corrían torcidas, coceando al coche.

Reconozcamos, Andrés, que estabas encantado con esta violencia, nueva para ti.

Entre grito y grito, arreando a las mulas, el mulero hacía alguna reflexión:

—Miren hacia atrás... ¿A ver? Que éstas se queden reventadas a que me adelanten, jeso es lo que yo prefiero!

Hacia atrás, en la semioscuridad, se veían cada vez más lejos las coronas pequeñas, brillantes, de los cigarros, y las carreras de chispas que sacaban del suelo las mulas del otro coche.

—Los dejamos atrás —dijo Don Pedro—; y además, esos no nos acompañan mucho tiempo. Van a tirar para la finca de Don Pablo.

Los dos coches seguían corriendo bárbaramente. Daban golpes a un lado y a otro. Bajaban las cuestas sin detenerse, haciendo zigzags rápidos.



—No pueden con nosotros. ¿A ver? Ya tuercen, ya tuercen, ya han torció...

Así chillaban Filfa y Miguel Márquez, el gordo. Antonio Márquez, el majo, se irguió y dijo:

—Señores, que vamos en un peligro muy grande, llevamos una cosa sagrada en estos momentos para nosotros: al hijo de Don Félix en una jardinera que no resiste. Esto sí que es filfa.

Don Pedro el Caballero hizo un guiño y echó la cabeza atrás:

—Si te lo he dicho yo; iban a sus fincas. Esto ha sido una broma. Ellos no se ponen a correr sabiendo quién viene aquí.

Filfa hablaba a gritos:

—A ver? Vaya una broma. Si se descuida usted se la meten, tío.

El mulero no quería detener a las mulas; pero, al fin, convencido de que no le seguían, las dejó ir al paso, el cuello alargado.

A la luz del alba, Filfa abría y cerraba los ojos; las muñecas, el cuello y las rodillas le temblaban.

—Nos hemos pasado mi finca, no quise desviarme para no darnos por vencidos, pero aquí hay algo de comer.

Don Pedro el Caballero sacó una merienda de lomo, chorizos, tocino y guindillas, cuyo olor hacía estornudar. Nos creímos obligados, Andrés, o nos apeteció tomar hasta guindillas? Don Pedro se llenó la boca de tocino y guindillas, y con sus encías desdentadas amasaba el bocado.

Ya se distinguían las cosas perfectamente. El campo era quebrado, duro, seco. Había pocos árboles; se pasaba una quimérica encina o un olivo sombrío. El paisaje se extendía pardo hacia las lejanías azules de la sierra.

El coche dio media vuelta, siguiendo la carretera, y se vio el pueblo. A los lados de una iglesia levantada, erguida, aparecían muchos tejados negruzcos:

—¿Ves esa torrecita que está a la derecha de la iglesia? —te dijo Don Pedro—. ¿La única casa que tiene torre?... Pues esa es tu casa.

Todavía pasó tiempo hasta que os aproximasteis al pueblo. El Márquez majo se enderezaba, arreglándose su chaquetilla andaluza.

—Mira, Don Andrés, ahí tienes el cementerio.

Por otro lado pasaban unas mozas tostadas, negras, con trajes de colores chillones y el cántaro de barro apoyado en la cadera.

Entró el coche en una calle que tenía el suelo de pedruscos y de hoyos. Unos cerdos y unos chicos desnudos se apartaron a su paso. Algunas figuras arrugadas y negras salían a las puertas de las casas.